

STEFAN ZWEIG

"Carta de una Desconocida"

Después de una excursión de tres días por la montaña, el famoso novelista R. Volvió a Viena por la mañana temprano, compró un diario en la estación, y al hojearlo se dio cuenta de que era el día de su cumpleaños. "Cuarenta y uno" pensó, y el hecho no le dio ni frío ni calor. Volvió a hojear ligeramente el diario, y en un taxi se dirigió a su casa. El criado le informó de las visitas que había tenido durante su ausencia, así como de las llamadas telefónicas, y le entregó la correspondencia sobre una bandeja. Él la miró distraído, abrió algunos sobres, cuyos remitentes le interesaban, y dejó a un lado uno de letra desconocida, que le pareció muy voluminoso. Entretanto le habían servido el té, y sentado cómodamente en una butaca, hojeó nuevamente el diario y curioseó entre los sobres; encendió un cigarro y tomó otra vez la carta que había apartado. La formaban, aproximadamente, dos docenas de carillas llenas de una escritura muy estrecha, de letra femenina, desconocida y trazada con alguna agitación; más bien parecía un original de imprenta que una carta. Casi inconscientemente apretó el sobre entre sus dedos sospechando que dentro había quedado alguna carta adjunta. Pero estaba vacío y carecía, lo mismo que la extensa epístola, de la dirección del remitente y de la firma. "Es curioso " pensó, y tomó nuevamente la carta entre sus manos. Arriba a manera de título, aparecía escrito: "A ti, que nunca me has conocido". Muy extrañado, se detuvo. ¿Tratábase de una carta destinada efectivamente a él, o a una persona imaginaria? De pronto, saciando su curiosidad, comenzó a leer:

"Mi hijo ha muerto ayer. Durante tres días y tres noches he estado luchando con la muerte, queriendo salvar esta pequeña y tierna vida, y durante cuarenta horas he permanecido sentada junto a su cama, mientras la gripe agitaba su pobre cuerpo, ardiente de fiebre día y noche. Al final he caído desplomada. Mis ojos no podían ya más, y se me cerraban sin que yo me diera cuenta. He dormido durante tres o cuatro horas en la dura silla, y mientras dormía se lo ha llevado la muerte. Ahora está allí ese pobre, ese querido niño, en su estrecha camita, tal como murió: únicamente le han cerrado los ojos, aquellos ojos suyos, oscuros e inteligentes; le han cruzado las manos sobre la camisa blanca, y cuatro velas arden a los costados de la cama. No me atrevo a mirarle; no tengo valor para moverme, pues cuando tiemblan las llamas de las bujías, las sombras se deslizan sobre su cara y sobre su boca cerrada, dando la impresión de que sus rasgos se mueven, con lo cual podría yo pensar un momento que no había muerto, que podía despertar para decirme con su voz clara alguna palabra llena de cariño infantil. Pero sé que está muerto y no quiero mirarle para no volver a abrigar una vana esperanza y verme de nuevo desilusionada. Lo sé, lo sé; mi hijo ha muerto ayer y ahora no me queda en todo el mundo nadie más que tú; tú,

que no sabes nada de mí; tú, que entretanto te distraes con tus asuntos o con otros hombres. Sólo te tengo a ti, que nunca me conociste, a quien siempre he querido.

"He tomado una quinta bujía y la he colocado en la mesa, sobre la cual te escribo. Hago esto porque no puedo estar sola con mi hijo muerto sin gritar lo que pesa sobre mi alma, ¿y a quién podría yo hablar en esta hora terrible sino a ti, que has sido y aún lo eres todo para mí? Quizás no pueda explicarme claramente, quizás no me comprendas; tengo pesada la cabeza, siento un latido en las sienes y me duelen los miembros. Creo que tengo fiebre; tal vez es la gripe que anda ahora de puerta en puerta, y esto último sería lo mejor, pues así me iría con mi hijo sin necesidad de hacer nada contra mí misma. De vez en cuando, algo oscuro se me pone delante de los ojos, y acaso no pueda acabar esta carta; pero quiero reunir todas mis fuerzas para hablar contigo esta sola vez, contigo, mi amor, que no me has conocido nunca.

"Sólo a ti quiero hablarte, decírtelo todo por primera vez; debes conocer toda mi vida, que ha sido siempre tuya y de la que nada has sabido jamás. Pero este secreto mío, deberás conocerlo sólo después de mi muerte, cuando ya no necesites contestarme, cuando esto que sacude mis miembros, este escalofrío, signifique realmente el fin. Si he de continuar viviendo haré pedazos esta carta y continuaré callando, como he callado siempre. Cuando la tengas en tus manos será una muerta la que te cuente su vida, su vida, que fue tuya desde su primera hasta su última hora. No debes temer mis palabras; una muerta no quiere ya nada: ni amor, ni compasión, ni consuelo. Sólo deseo algo de ti, y es que creas todo lo que mi dolor, que en ti se refugia, te dice. Créeme todo; sólo ése es mi ruego; no se miente a la hora de la muerte de un hijo único.

"Quiero contarte toda mi vida, esta vida mía que en realidad comenzó en día en que te conocí. Antes no hubo en ella sino algo turbio, y fue como un rincón cualquiera lleno de cosas y hombres torpes, cubierto de polvo y telarañas, de los cuales mi corazón no sabe nada. Cuando tú llegaste, yo tenía trece años y vivía en la misma casa que habitas tú ahora, en la misma casa en la que tienes tú ahora esta carta entre tus manos, como el último aliento de mi vida; vivía en el mismo pasillo, justamente enfrente de tu cuarto. Seguramente ya no te acuerdas de nosotras, de la pobre viuda de un empleado (siempre iba vestida de luto) y de su delgada niña. Vivíamos tranquilamente, casi sumergidas en nuestra pobreza de pequeñas burguesas. Tal vez nunca hayas oído nuestros nombres, pues no teníamos ninguna chapa en la puerta, y nadie nos visitaba ni preguntaba por nosotras. Es verdad también que ya hace mucho tiempo de esto: quince, dieciséis años; no, seguramente tú no lo recuerdas, querido mío; pero yo, yo me acuerdo apasionadamente de cada detalle y tengo presente como si fuese hoy, el día, mejor dicho la hora, en que oí hablar de ti por primera vez y en que por primera vez te vi; ¡y cómo no recordarlo, si entonces empezó para mí la vida! Consiente, querido, en que te lo cuente todo, todo, desde el principio, te lo suplico, y no te fastidies de oír mi relato, durante un cuarto de hora, pues yo no me he cansado de quererte durante toda mi vida.

"Antes que tu entrases en esa casa vivía en tu cuarto gente mala y comprometedora. Por ser pobres, lo que más odiaban, era la pobreza de los vecinos, la nuestra, ya que no queríamos tener nada en común con su baja brutalidad. El esposo era un borracho y golpeaba a su mujer; a veces nos despertaban durante la noche ruidos de sillas derribadas y de platos rotos; una vez ella, corrió, ensangrentada y con el cabello revuelto, por la escalera, y en su persecución, salió el hombre, hasta que los vecinos se asomaron a las puertas y le amenazaron con llamar a la policía. Desde el primer día mi madre quiso evitar toda relación con ellos, y me tenía prohibido hablar con sus niños, los cuales se vengaban

de mi orgullo siempre que se les presentaba alguna ocasión. Cuando me encontraban en la calle, me dirigían palabras obscenas, y una vez me pegaron con pedazos de una nieve endurecida, de tal modo que la sangre corrió por mi frente. Por instinto, todos los demás vecinos de la casa odiaban a aquella familia, y cuando les sucedió algo...-creo que el marido fue encarcelado por robo- y tuvieron que mudarse de casa, respiramos todos de satisfacción. Durante algunos días estuvo colocado el aviso en la puerta que indicaba un cuarto desocupado, y luego lo quitó el portero, por quien se supo en seguida que estaba alquilado. Fue entonces cuando oí tu nombre por primera vez. A los pocos días llegaron los pintores y empapeladores para limpiar y decorar el cuarto sucio y se pasaban todo el día martillando; pero mi madre estaba muy contenta de que aquella gente sucia y escandalosa se hubiera mudado. A ti, en persona, no te vi entonces, ni durante la mudanza, pues el traslado de muebles fue vigilado por tu sirviente, pequeño y serio, de pelo gris, que dirigía todo de una manera silenciosa. El hombre nos infundía respeto; en primer lugar, porque un sirviente era algo nuevo en nuestro barrio, y luego, por la cortesía con que trataba a todos, sin dar confianza ni establecer familiaridad con las sirvientas. Desde el primer día saludó a mi madre con respeto, como si se tratase de una gran dama, e incluso con nosotros, los chicos, era siempre serio y cortés. Cuando pronunciaba tu nombre lo hacía también muy respetuosamente, y al punto se echaba de ver que su afecto hacia ti, era más que el corriente de un sirviente vulgar. Por eso quería yo al buen viejo Juan, a pesar de envidiarle el que pudiera estar cerca de ti y servirte.

"Te cuento toda esta historia, querido mío, para darte a entender cómo desde el principio ejerciste una poderosa influencia sobre aquella tímida niña que era yo. Antes de que tú mismo te hicieras presente en mi vida, había ya un nimbo alrededor de ti, una aureola de riqueza, de un ser especial y misterioso. Todos, en aquella casa del barrio bajo –quienes llevan una vida estrecha sienten curiosidad hacia un recién llegado-, esperábamos con impaciencia tu aparición. Y esta curiosidad aumentó en mí cuando una tarde, al volver del colegio vi un carro de mudanzas delante de la puerta. Me detuve para poder admirarlo todo, pues tus cosas eran tan diferentes a las nuestras, que no las había visto nunca. Había ídolos indios, esculturas italianas, grandes cuadros de vivos colores, y al final venían los libros, tantos y tan bonitos como nunca había podido imaginarme. Los colocaron en la puerta, y allí mismo el sirviente les fue quitando el polvo uno por uno. Me acerqué curiosa y disimuladamente al montón que seguía creciendo; él no me despachó de allí, pero tampoco me animó, y en tal situación no me atreví a tocarlos, aunque me daban ganas de pasar los dedos por las encuadernaciones de blanco cuero. Me limité a mirar tímidamente los títulos: eran libros franceses e ingleses y de algunos no conocía el idioma. Me hubiera quedado mirándolos horas enteras, pero me llamó mi madre.

"Toda la tarde me la pasé pensando en ti, aun sin conocerte todavía. Yo no tenía más que una decena de libros baratos, encuadernados en cartón, usados y rotos; los quería mucho y los leía muchas veces. Y entonces me preguntaba cómo sería el dueño de todos aquellos libros soberbios, que los había leído todos, que comprendía tantos idiomas y que era, al mismo tiempo que rico, tan instruido. Recordando aquel montón de libros sentía hacia su dueño una especie de respeto sobrenatural. Trataba a solas de imaginarme tu figura: tú eras un viejo de gafas y larga barba blanca, parecido a nuestro viejo profesor de geografía, sólo que más bondadoso, más hermoso y de más suave trato, pues no sé por qué ya entonces se me había metido en la cabeza que debías ser buen mozo a pesar de tomarte por un viejo. Aquella noche, sin conocerte, soñé contigo por primera vez.

"Al día siguiente comenzaste a habitar tu nuevo cuarto; pero aunque yo andaba espiándote no te pude ver, lo cual aumentó mi curiosidad. Pero fin, al tercer día te vi, y la sorpresa me emocionó, pues eras completamente distinto a la idea que de ti me había hecho. Yo había soñado con un viejo de barbas, bondadoso, y te me aparecías –tal como hoy todavía eres-tú el invariable, en quien el tiempo no cambia. Llevabas un encantador traje deportivo gris, y subías las escaleras deprisa, con los modales de un chico, saltando de dos en dos los escalones. Llevabas el sombrero en la mano, y esto me permitió ver tu cara llena de viveza, tu pelo rubio y tu rostro joven; en realidad, quedé impresionada de admiración al comprobar hasta qué punto eras buen mozo, ágil y elegante. Y -¿no es eso extraño?- desde aquel primer instante percibí que había en ti dos hombres: uno joven, ligero, ardiente aficionado al juego y a la aventura, y otro serio hasta el extremo, devoto de su arte, infinitamente instruido. Sentí, sin darme cuenta, lo que todos sienten ante ti: que tienes una doble vida, una de superficie clara y visible para todo el mundo, y otra oculta que sólo tú conoces. Y tal dualidad, tal secreto de tu vida, me atrajo –yo tenía trece años-de manera profunda.

"Comprenderás, querido, ¡qué milagro, qué enigma lleno de interés significabas para mí, todavía una niña! ¡Ver a un hombre por el cual sentía respeto, que escribía libros, que era célebre en un mundo extraño al mío, y presentarse este hombre en la figura de un joven de veinticinco años, elegante y alegre! Debo decirte que desde aquel momento nada de la casa ni de mi pequeño mundo infantil me interesó más que tú; que con la firme tenacidad de una chica de trece años sólo me ocupé de tu existencia. Vigilaba tu persona y observaba todas tus costumbres, examinaba a los hombres que te visitaban, y todo ello, lejos de disminuir mi curiosidad, no hacía sino acrecentarla, ya que la dualidad de tu vida se hacía cada vez más evidente en lo diversos que eran tus visitantes. Llegaban jóvenes amigos tuyos en cuya compañía te reías con satisfacción; llegaban estudiantes pobres o señores en automóvil, y una vez llegó el director de la Opera, el gran director de orquesta, a quien yo, con mucho respeto, había visto desde lejos ante su atril; otras veces eran chicas jóvenes que todavía iban a la escuela de comercio, y entraban en tu casa furtivamente y llenas de timidez; de una o de otra clase, eran muchas las mujeres que te visitaban. Yo no me figuraba nada de particular, ni siquiera cuando una mañana en que me dirigía al colegio, vi salir de tu cuarto a una señora con un espeso velo- pues sólo era una niña- y tampoco me daba cuenta de que la misma apasionada curiosidad con que me dedicaba a seguirte era ya amor.

"Pero recuerdo, querido mío, el día y la hora en que quedé para siempre enamorada de ti. Acababa de dar un paseo con una amiga del colegio y estábamos las dos charlando delante de la puerta. Llegó un auto y descendiste tú para entrar en tu cuarto. Algo dentro de mí me impulsó a abrir la puerta, y nos cruzamos el uno con el otro. Me lanzaste una suave, cálida y envolvente mirada, llena de ternura, me sonreíste –sí, no puedo decirlo de otra manera- afectuosamente, al mismo tiempo que decías en voz baja y casi familiar: "-¡ Muchas gracias, señorita!-" Eso fue todo, querido, pero desde el instante en que sentí la suavidad y ternura de tu mirada quedé locamente enamorada de ti. Sólo más tarde he comprendido que esa mirada atrayente, y al mismo tiempo desnuda; esa mirada de seductor nato que diriges a cualquier mujer que se halle junto a ti, a la vendedora de tienda o a la sirvienta que abre la puerta; esa mirada no es en ti consciente ni significa ninguna especial inclinación, sino que tu ternura hacia todas las mujeres hace tu mirar siempre dulce y agradable. Pero yo, una niña de trece años, lo ignoraba: me hallaba sumergida en fuego. Pensaba que aquella ternura estaba dedicada a mí solamente, y en aquel instante, en mi derredor, en lo íntimo

de aquella criatura todavía a medio formar, se despertó la mujer, una mujer enamorada de ti para siempre.

"-¿ Quién es?-" preguntó mi amiga.

"Al punto no puede contenerme. Me resultaba imposible pronunciar tu nombre; desde aquel momento habíase convertido para mí en algo sagrado, en un secreto, y le contesté fríamente:

"-¡Uno de los tantos que viven aquí!-"

"-¿Y por qué- preguntó mi amiga en un son de burla y con toda malicia de una niña curiosa-¿Te has puesto roja cuando te ha mirado?-

"Yo sentí que sus burlas rozaban mi secreto y me puse aún más sofocada. La turbación me impulsó a la grosería:

"-¡Idiota!- le dije furiosamente.

"Me dieron ganas de matarla. Pero ella se echó a reír más burlonamente todavía, yo sentí que lágrimas de ira impotente se me agolpaban en los ojos. Me separé de ella y subí las escaleras.

"Te quiero desde aquella hora. Sé que muchas mujeres te han dicho esto mismo y que estás acostumbrado a manjares deliciosos. Pero cree que nadie te ha amado con un amor tan de esclava, tan desinteresado, como aquella niña que yo era y que siempre he seguido siendo para ti, pues nada en el mundo se parece al amor, inadvertido para todos, de una chiquilla oscura; amor sin esperanza, y tan servil, tan modesto, tan vigilante y apasionado como jamás puede llegar a ser el de una mujer ya hecha que, aunque sin quererlo, está llena de deseos y exigencias. Únicamente los niños solitarios pueden ir acumulando todos sus amores; los demás van gastando sus sentimientos en charlas mundanas; los van perdiendo en confidencias mutuas, pues han oído y leído mucho acerca del amor como un juguete, y de él se jactan como los chicos de su primer cigarrillo. Pero yo no tenía a nadie a quien confiarme, nadie podía instruirme o guiarme: era una inexperta sin cuidado, y por lo mismo iba precipitada hacia mi destino. Todo cuanto en mi interior iba brotando aspiraba sólo a ti, como hacia el ser más íntimo. Mi padre había muerto hacía muchos años, mi madre me parecía una extraña, siempre en sus eternos recuerdos de viuda pensionista; odiaba el trato con las amigas del colegio, que tomaban a broma lo que para mí era una pasión. Por lo mismo, todos mis sentimientos concentrados, no compartidos con nadie, eran para ti. Tú significabas para mí -¡Cómo podré explicarme, si cualquier comparación resulta pobre!,- tú eras para mí mi única vida. Nada en mi existencia cobraba sentido sino refiriéndome a ti. Cambiaste toda mi existencia. Distraída y mediocre colegiala hasta entonces, pasé a ser la primera; por la noche leía y leía libros, pues sabía que a ti te gustaban, y un día, con asombro de mi madre, comencé mis ejercicios de piano, pensando que quizá te agradara la música. Yo misma hacía mis vestidos para presentarme con agradable aspecto, y un delantal de colegio (un antiguo vestido de mi madre), que tenía en el lado izquierdo un remiendo cuadrado, me resultaba odioso. Temía que lo vieses, y lo ocultaba bajo la bolsa de los libros, al subir la escalera. ¡Qué tontas precauciones, pues casi nunca me veías!

"A pesar de todo, yo no hacía otra cosa que esperarte y vigilarte. Había en nuestra puerta una ventana redonda por la cual yo veía la tuya. Aquella ventana – no sonrías, querido, que aun hoy mismo no siento vergüenza de aquellas horas- era el ojo del mundo para mí; en aquella antesala fría, con miedo de que mi madre lo sospechase, permanecía sentada, con un libro en las manos, tardes enteras, durante meses y años. Me hallaba siempre cerca de ti, esperándote o siguiéndote; pero tú no podías darte cuenta, no podías prestarme más atención que a la cuerda de tu reloj, que en la oscuridad de tu bolsillo va contando

pacientemente las horas; que te acompaña a todas partes con sus imperceptibles latidos, semejantes a los del corazón y al que sólo muy de cuando en cuando lanzas una hojeada entre millones de segundos. Sabía cuanto a ti se refería; conocía todas tus costumbres, cada una de tus corbatas, cada uno de tus trajes; distinguía a cada uno de tus muchos conocidos y los iba clasificando en dos grupos: los que me eran simpáticos y los que no me agradaban. Desde mis trece hasta mis dieciséis años todas las horas de mi vida han sido para ti. ¡Ah, que tonterías hacía! Besaba el pestillo que tu mano había tocado, levantaba la colilla de un cigarro tuyo como cosa sagrada, porque había estado en tus labios. Cien veces cada tarde corría con un pretexto cualquiera a la calle, para ver en qué lugar de tu habitación había luz y sentir mejor tu presencia invisible. Durante las semanas en que andabas viajando – se me paraba el corazón cada vez que veía al buen Juan con tu bolso de viaje amarillo-, durante aquellas semanas, mi vida no tenía sentido y era como si estuviese muerta... me volvía loca, me aburría y enfermaba, esforzándome al mismo tiempo por que mi madre no notase mi desesperación ni mis ojos irritados, deshechos de llorar.

"Sé que todo esto son excesos; que son tonterías infantiles todo lo que te cuento. Debía darme vergüenza; pero no me da porque nunca mi amor por ti ha sido más puro y más apasionado que en aquellos excesos de niña. Muchas horas y muchos días podría estar contándote de qué manera viví junto a ti en aquella época, sin que tú me vieses; pues cuando te encontraba en la escalera y no podía huir a tiempo, el miedo a tu ardiente mirada me hacía bajar los ojos como quien se arroja al agua para no ser abrasado por una llama. Muchas horas y muchos días podría pasar contándote la historia de aquellos años, repitiendo todo el calendario de tu vida; pero no quiero aburrirte ni atormentarte. Sólo te voy a contar el más hermoso momento de mi infancia, pidiéndote antes que no te rías de su pequeñez, pues para mí, tan niña, significó algo infinito. Me parece que era domingo. Tú estabas de viaje y tu sirviente iba arrastrando unas pesadas alfombras que acababa de limpiar, hacia la puerta de tu cuarto. El pobre se fatigaba en su trabajo, y en un momento de audacia me acerqué a él y le pregunté si me permitía ayudarle. Me miró a sombrado, pero me lo aceptó, y así pude ver – imposible expresarte con qué respeto y hasta con qué piadosa veneración- el interior de tu cuarto, tu mundo, el escritorio ante el cual solías sentarte y sobre el cual había una jarra de cristal azul con flores; tus armarios, tus libros, tus cuadros. No pasó de ser una fugaz ojeada a tu vida, pues tu fiel Juan no me hubiese permitido seguramente un examen minucioso; pero en aquel rápido mirar aspiré toda la atmósfera tuya que deseaba para respirar y alimentar mis sueños durante día y noche.

"Ese instante fugaz fue el más feliz de mi niñez. Deseaba contártelo para que comprendas cómo se perdió una vida que de ti dependía. También quiero relatarte lo que pasó en otro momento, poco después del anterior. Por tu causa, -como ya lo he dicho- lo había olvidado todo, incluso a mi madre, ya nada ni nadie me interesaba fuera de tu persona. No prestaba la atención a un señor de cierta edad, un comerciante de Innsbruck, algo pariente de mi madre, que venía a casa frecuentemente y en ocasiones se quedaba bastante tiempo. Mejor dicho me alegraba que viniese; pues a veces llevaba al teatro a mi madre, y así me quedaba yo sola, libre para pensar en ti y observarte, lo cual constituía para mí la única felicidad. Un día me llamó mi madre con ciertos modales enojosos; tenía que hablarme. Palidecí y comencé a sentir los latidos de mi corazón; ¿Había sospechado o adivinado algo? Mi primer pensamiento fuiste tú, el secreto que me unía al mundo. Pero mi madre, un poco turbada ella misma, me besó –cosa que nunca hacía-, me sentó en el sofá y empezó, con vacilaciones y con cierta vergüenza, a decirme, que su pariente, que era viudo, había

pedido su mano. Ella había decidido casarse sobre todo por mí. Toda la sangre se me subió a la cabeza, sólo pensaba en ti. "-pero- le pregunté-, ¿Nos quedaremos aquí?-

"-No; iremos a Innsbruck.-" ¡Fernando tiene allí un chalet muy bonito!

"No oí más. Algo muy oscuro se me puso delante de los ojos. Más tarde supe que sufrí un desmayo, y que mi madre le había contado a mi padrastro- quien aguardaba detrás de la puerta- que me había dado un ataque, que empecé a retorcerme con los dedos muy separados, y que al fin caí desplomada sin conocimiento. Es imposible expresarte lo que pasó en los días siguientes; cómo me debatí contra una voluntad superior. Aún hoy, al recordarlo, me tiembla la mano. Como no podía revelar el secreto, mi resistencia parecía únicamente terquedad, malévola obstinación. Ya nadie me dio cuentas de nada; todo sucedió a espaldas mías. Aprovechaban las horas en que yo estaba en el colegio para ir haciendo la mudanza, y cada vez que regresaba a casa, todos los muebles de ésta o de la otra pieza habían sido trasladados o vendidos. Vi como nuestro cuarto, y con él mi vida, iba quedándose vacío, hasta que un día los encargados del traslado sacaron lo último que faltaba. En las habitaciones vacías sólo había ya baúles y dos camas plegables, para pasar la última noche, pues al día siguiente sería la partida.

"Ese último día sentí, sin tener que pensarlo, que ya no podría vivir sino próxima a ti. Tú sólo eras mi salvación. No podré decir exactamente lo que pensaba en aquellas horas de desesperación; pero si que de pronto- mi madre había salido- me levanté tal como estaba, con mi vestido de colegio y fui hacia tu puerta. No, no es que fui por mi voluntad; algo empujó mis piernas que parecían sin movimiento, con las rodillas temblorosas hasta tu puerta como hasta un imán. Ya te había dicho que no sabía exactamente lo que quería: tal vez caer a tus pies y pedirte que me tuvieras junto a ti, como criada, como esclava. Temo que te rías de este inocente cariño de una chiquilla de quince años; pero no reirías, querido, si te dieses cuenta de cómo crucé el pasillo helado, con un miedo que me impedía andar, y sin embargo, sintiéndome empujada por una fuerza inexplicable; cómo mi brazo tiraba casi de mi cuerpo inerte, cómo lo levanté temblando y –fue una lucha en una eternidad de terribles segundos- apreté el botón del timbre. Todavía hoy tengo en mis oídos su agudo sonido, y recuerdo también el silencio que siguió y durante el cual se paró mi corazón y toda mi sangre, como aguardando tu llegada. Pero no viniste; no acudió nadie. Probablemente tú habías salido y Juan estaba haciendo algunos recados; entonces, a tientas, vibrando aún en mis oídos el sonido del timbre, me volví a nuestro cuarto vacío y me dejé caer sobre un baúl, tan abatida tan abatida de los cuatro pasos que había dado, como si hubiese andado por la nieve durante varias horas. Peor bajo aquella extensión ardía aún la decisión de verte, de hablarte antes que me separasen de ti. Te juro que no había en mí ni un solo pensamiento voluptuoso; era todavía inocente, precisamente porque sólo pensaba en ti; lo único que quería era verte por única vez, asirme a ti. Toda la noche, toda aquella noche terrible te esperé, querido mío. Apenas se hubo a costado y dormido mi madre, caminé hasta la antesala para oírte regresar. Estuve aguardando toda la noche, una noche helada de enero. Me sentía cansada, me dolían los miembros y no había una silla para sentarme; entonces me acosté en el suelo frío. Tenía puesto un vestido muy delgado y no había querido llevar allí ni una manta, temerosa de dormirme y dejar de oír tus pasos. Encogía los pies y brazos temblando; a cada instante tenía que levantarme, tal era el frío que hacía en aquella oscuridad terrible. Pero te esperaba como a mi destino.

"Al fin serían las dos o las tres de la madrugada- oí que se abría la puerta, y momentos después, pasos en la escalera. Dejé de sentir frío; cierto calor me invadió el cuerpo, y silenciosamente abrí la puerta dispuesta a salirte al encuentro y caer a tus pies... No sé, tan

niña como era, lo que hubiese hecho en aquel instante. Los pasos se aproximaban y la luz de una bujía temblaba. Agarraba el pestillo con mis manos, también temblorosas. ¿Eras tú el que venía? Sí tú eras, querido mío, pero no venías solo. Oí una risa contenida y alegre, el frufrú de un vestido de seda, y a ti, que hablabas en voz baja. Volvías a casa con una mujer.

"No sé cómo he podido sobrevivir a aquella noche. A la mañana siguiente, a las ocho, me arrastraron a Innsbruck; ya no tenía fuerzas para resistir.

"Mi hijo murió anoche; ahora me quedaré sola nuevamente. Mañana vendrán unos hombres vestidos de negro, extraños y toscos, trayendo un ataúd, y dentro de él colocarán a mi pobre, mi único hijo. Quizás lleguen también algunos amigos para ponerle encima unas pocas flores. Pero ¿qué significan las flores en un ataúd? Intentarán consolarme con palabras, palabras y palabras. Pero ¿de qué sirven las palabras? Sé que he de quedarme otra vez sola, y nada hay más terrible que la soledad entre la gente. Bien lo he experimentado en los dos años que he pasado en Innsbruck, desde mis dieciséis hasta mis dieciocho años, en que he vivido como una desterrada en el seno de mi familia. Mi padrastro, hombre serio y de pocas palabras, era bueno para mí y en cuanto a mi madre, accedía como si quisiera reparar una injusticia, a todos mis deseos. Se me acercaban algunos jóvenes, pero los despreciaba a todos con terquedad apasionada. Lejos de ti no quería vivir feliz y contenta, y voluntariamente me enterraba en un mundo oscuro, de tormento y de soledad. Me negaba a estrenar vestidos de colores variados, así como ir al teatro, a conciertos o de excursión en alegre compañía. Apenas salía a la calle, y ¿puedes creerme, querido mío, que viviendo en una pequeña ciudad durante dos años, no llegué a conocer de ella más que unas diez calles? Deseaba estar triste, y lo estaba; me castigaba en privaciones que yo misma me imponía. No quería distraerme de mi pasión, y mi único deseo era pensar en ti. Permanecía sola en casa durante horas y días, sin más quehacer que pensar, renovando siempre mil pequeños recuerdos; cada uno de nuestros encuentros, cada una de mis esperas, pasando revista a todos ellos, como en un teatro. Y así, de repetir a cada instante, mil y mil veces cada uno de ellos, se me ha quedado en la memoria toda mi infancia y puedo sentir ardientemente todos los minutos de mi pasado como si ayer mismo hubiesen ocurrido.

"Sólo en ti viví entonces. Compré todos tus libros; el día en que tu nombre aparecía en algún periódico, era para mí el día festivo. ¿Quieres creerme que sé de memoria, línea a línea tus obras? Si alguien me despertase una noche y me señalase una línea cualquiera, hoy, después de trece años, sabría continuar yo como en sueños: te digo que cada una de tus palabras ha sido para mí un evangelio y una oración. El mundo entero no existía sino en cuanto se refería a ti: leía en los diarios de Viena las reseñas de los conciertos y obras de teatro, pensando únicamente cuáles te interesarían, y al llegar la noche, mis pensamientos te acompañaban; ahora- me decía- entra en la sala; ahora se sienta. Lo imaginaba mil veces, porque te había visto una sola vez en un concierto.

"Pero ¿A qué relatarte este frenético cariño trágico y desesperado de una niña abandonada? ¿A qué contárselo a quien nunca se lo imaginó? Pero, realmente, ¿era yo entonces una niña? Tenía diecisiete, dieciocho años, y los jóvenes comenzaban a mirarme al pasar por la calle, lo cual me disgustaba, pues un sentimiento de amor hacia otro que no fueras tú me parecía tan inconcebible, tan absurdo, que la sola idea se me figuraba un crimen. Mi pasión por ti era la misma que años atrás, con la sola diferencia de que al pasar el tiempo se había hecho más ardiente, más física, más femenina, y aquello que no podía presentir la criatura que apretó el timbre de tu puerta, llegó a ser mi pensamiento fijo: entregarme vivamente a ti.

"Los que me rodeaban me juzgaban tímida- pues guardaba mi secreto apretando los dientes-. Pero se iba desarrollando en mí, una voluntad de hierro. Todos mis pensamientos y propósitos se dirigían a lo mismo: volver a Viena, volver junto a ti. Y conseguí que mi voluntad prevaleciera sobre la de los demás. Mi padrastro era rico y me consideraba como a una hija suya. Pero yo insistía tenazmente en ganarme la vida, y al fin obtuve permiso para marcharme a Viena, empleada en una casa de confección, cuyo dueño era un pariente nuestro.

"¿Tendré que decirte hacia dónde dirigí mis primeros pasos al llegar a Viena? Dejé los baúles en la estación, subí precipitadamente a un tranvía- se me figuraba que andaba muy despacio y me irritaba cada una de sus paradas- y corrí hasta ponerme delante de tu casa. Tus ventanas estaban iluminadas, y mi corazón se puso a cantar. Sólo en ese momento vivía la ciudad y vivía yo, pues estaba cerca de ti, tú, mi sueño eterno. No podía imaginarme que, en realidad, tan lejos de ti estaba en aquel instante, como antes, cuando nos separaban ríos y montañas, no obstante ser un cristal delgado lo que se interponía entre tu persona y mi brillante mirada. Me limitaba a mirar hacia arriba: allí estaba la luz, estaba la casa, estabas tú, estaba mi vida. Durante dos años había soñado aquella hora que estaba viviendo. Permanecí allí toda la tarde, toda una larga tarde dulce y difuminada, hasta que la luz se apagó: entonces fui a mi habitación.

"Así me pasaba todas las tardes delante de tu casa. Trabajaba en la tienda hasta la seis; el trabajo era duro y penoso, pero me gustaba porque la inquietud del negocio me impedía sentir demasiado dolorosamente la mía. Y cuando al llegar la hora, se cerraban ruidosamente las persianas, corría hacia mi amado puesto de observación. Mi único deseo era verte, encontrarte siquiera una vez, distinguir tu cara una sola vez desde lejos. Pasada una semana, poco más o menos, te encontré precisamente en un momento inesperado; cuando yo estaba mirando a tu ventana, cruzaste tú la calle. Y de repente yo me convertí en la niña de trece años, sentí que la sangre me afluía a las mejillas; involuntariamente bajé la vista, a pesar de mi vivo deseo de contemplar tu rostro, de sentir tu mirada y pasé por tu lado apresurada. Luego me sentí avergonzada de aquella audacia infantil, pues me daba perfecta cuenta de mi propósito: quería encontrarte, te buscaba, quería ser reconocida por ti después de tantos años de ardiente anhelo; quería llamar tu atención, quería ser tu amada.

"Pero durante mucho tiempo no te fijaste en mi persona, a pesar de acudir todas las tardes desafiando a veces remolinos de nieve y el viento helado de Viena. Algunos días esperé varias horas sin resultado; otros, salías acompañado por algún conocido; también te vi dos veces en compañía de una mujer, y entonces sentí algo nuevo dentro de mí; un sentimiento, hasta entonces desconocido, que se manifestaba en saltos bruscos del corazón; se me destrozaba el alma viéndote pasar tan seguro de ti, del brazo de una mujer extraña. No es que me sorprendiera, pues conocía desde mi infancia a tus eternas visitantes; pero entonces sentía un dolor físico, nacía en mí algo nuevo mezclado de hostilidad y de deseo, presenciando tu intimidad con otra. Un día, llena de un orgullo que todavía tengo, no fui a tu casa. ¡Pero qué horrible fue aquella tarde! ¡Al día siguiente me encontraba otra vez humildemente delante de tu puerta esperando, esperando, como lo he hecho siempre ante tu vida, oculta para mí!

"Al fin llegó una tarde en que te fijaste en mi presencia. Te había yo visto desde lejos y hacía esfuerzos de voluntad para no apartarme de tu camino. Quiso la fortuna que un carro obstruyese parte de la calle, obligándote a pasar cerca de mí. Involuntaria y distraídamente, me miraste, notaste mi intención, y al punto- aún me asusta el recuerdo- tu mirada fue esa que dedicas a todas las mujeres, esa mirada tierna y envolvente que desnuda, la misma

mirada fija y larga que me había transformado, de niña en mujer, en amante. Durante uno, dos, tres segundos, tu mirada se cruzó con la mía, que yo no podía apartar de tu persona, y desapareciste. Me palpitaba el corazón; inconscientemente debí retardar mi paso, y al volver la cabeza, presa de invencible curiosidad, te vi parado, siguiéndome con tu mirada. Y por la manera de fijarte, con curiosidad e interés, comprendí que no me reconocías.

"Ni me reconociste entonces, ni me has reconocido nunca. ¿Cómo podré, amor mío, describirte mi desilusión de aquel momento, de aquella primera vez en que sentí mi sino de no ser reconocida; este destino que acompaña toda mi vida- con el que muero al fin- de ser desconocida, siempre desconocida para ti? ¿Cómo podré expresarte tal desilusión? Porque has de saber que, durante los dos años pasados en Innsbruck, donde pensaba en ti a todas horas, siempre que me imaginaba el instante de volver a verte, me lo pintaba de distintas maneras: unas veces horrible y otras feliz, según mi estado de ánimo. Soñaba todas las posibilidades; en los peores momentos me figuraba que tú no me aceptarías por demasiado insignificante, por demasiado fea, por demasiado pretenciosa; como una visionaria apasionada me había representado todas las formas de tu frialdad y de tu indiferencia; pero sólo una cosa no había entrado en mis cálculos, ni siquiera en las horas de mayor pesimismo: que ni te dieses cuenta de mi existencia.

Sí, hoy lo comprendo- tú en cambio, no has logrado comprenderme-; el rostro de una niña, de una mujer, tiene que ser forzosamente, para un hombre, algo extremadamente variable; a menudo no pasa de ser un espejo, bien sea de pasión, de ingenuidad o de cansancio, cuya expresión se borra pronto, como sucede con todas las imágenes de los espejos. A un hombre se le puede ir de la memoria fácilmente la cara de una mujer, tanto más cuento que la edad hace cambiar las luces y las sombras, y cada nuevo vestido es un marco diferente. Las que se resignan son las verdaderamente iniciadas en el secreto de la vida. Pero yo, la mujer que yo era en aquella época, no alcanzaba a comprender tu falta de memoria, y a fuerza de ocuparme de ti había llegado a creer que tú también debías ocuparte de mí, pensar en mí y esperarme. ¡Cómo hubiese podido vivir con la verdad de que no significaba nada para ti; de que en tu memoria no había el menos recuerdo mío! Y aquel despertar ante tu mirada que me indicaba tu olvido, que me decía que ningún hilo de recuerdo, siquiera fuera sutil como el de una telaraña, ligaba tu vida a la mía, fue mi primera caída en la realidad, el primer paso de mi destino.

"Entonces no me reconociste; y cuando dos días más tarde tu mirada se posó sobre mí con cierta familiaridad, tampoco viste en mí a la muchacha que te había amado y a la que tú habías despertado, sino a la bonita muchacha de dieciocho años que hace un par de días habías visto en el mismo lugar. Me miraste agradablemente sorprendido, y una leve sonrisa anduvo jugando por tus labios. Cruzaste y acortaste el paso; yo temblé, y en mi interior hubo gritos de júbilo; recé para que me dirigieses la palabra. Sentí que por primera vez era para ti una mujer viva; retardé por mi parte el paso, y enseguida te sentí a mis espaldas. Sin volverme tuve la certidumbre de que por primera vez iba a oír tu voz tan querida. Esta esperanza me paralizó y empecé a temer que iba a detenerme sin remedio, cuando tú te pusiste ya a mi lado. Me dirigiste la palabra de un modo sincero y alegre, tal como si fuésemos amigos de años atrás.-¡Ah, tú no sabías ni has sabido nunca nada de mi vida!- Me hablaste de una manera tan admirablemente limpia de reservas, que yo no podía contestar fácilmente. Cruzamos toda la calle y me preguntaste si me gustaría que comiésemos juntos, cosa que yo acepté. ¿Cómo hubiese podido negarte nada?

"Comimos en un pequeño restaurante. ¿Sabes dónde? ¡Ah, no; tu memoria aquella tarde no se diferencia de otras muchas! Pues ¿Qué significaba yo para ti? Una entre ciento, una

aventura más en una cadena de aventuras. Y por otra parte, ¿Qué recuerdo pude dejar en ti? Hablé poco, porque era demasiado feliz sintiéndome junto a ti, oyéndote hablar. No quería perder una sola palabra tuya, con ninguna pregunta, con cualquier palabra tonta. Jamás olvidaré aquella hora deliciosa, en que me colmabas de apasionado respeto, mostrándote tan delicado, tan desenvuelto, y con tal tino, lejos de toda vulgar ternura, y tan lleno de segura, de amistosa familiaridad, que hubieses ganado toda mi voluntad, de no haber sido tuya de antemano. No puedes calcular lo feliz que me hacías no echando por tierra los cinco años de mi ilusionada espera infantil. Era tarde cuando salimos. A la puerta del restaurante me preguntaste si tenía prisa o disponía todavía de tiempo. ¿Cómo podía yo ocultarte que estaba a tu disposición? Te respondí que tenía tiempo todavía, y entonces me preguntaste, tras una ligera vacilación, si quería acompañarte hasta tu casa, para conversar allí un poco. "Con mucho gusto", dije delatando mis sentimientos, y pude notar que mi rápida aceptación te sorprendía, no sé si penosa o agradablemente; de cualquier modo, te vi algo sorprendido. Hoy comprendo bien tu sorpresa; hoy sé que entre las mujeres es costumbre, incluso cuando sienten un ardiente deseo, comenzar por negar, fingir temor o indignación; dejarse convencer por medio de súplicas conmovedoras, de mentiras, de juramentos y promesas. Hoy sé que acaso únicamente las profesionales del amor, las prostitutas, aceptan sin dudar, alegremente tales invitaciones, y quizá también las niñas cándidas, las ingenuas adolescentes. Pero en mí-¿Cómo podrías dudar de ello?- era únicamente la voluntad reconociéndose a sí misma, el deseo ardiente y contenido durante miles de días, que se manifestaba en un solo instante. El caso es que tú estabas sorprendido, y que yo empezaba a interesarte. Yendo a tu lado me di cuenta de que me mirabas con curiosidad. Tu intuición tan segura para todo lo humano, te decía que estabas ante algo excepcional, que algún secreto había en aquella linda jovencita. Desperté tu curiosidad y me di cuenta de ello por tu manera de preguntar, por aquella forma envolvente, hecha para adivinar mi secreto. Llegamos a tu cuarto. Perdona querido, si te digo que tú no puedes comprender lo que fue primero aquel paseo y luego aquella escalera para mí: un vértigo, una confusión, una frenética felicidad, una dicha deliciosa que casi me mataba. Todavía hoy me es imposible recordarlo sin lágrimas, a pesar de que ya no me queda más que llorar.

"Pero yo me defendía y me ocultaba; prefería parecer una tonta a sacrificar mi secreto.

"Imagínate que todo cuanto veía se hallaba impregnado de mi pasión, y cada cosa se me aparecía como un símbolo de mi infancia, de mi anhelo; la puerta donde te había aguardado miles de veces; la escalera en la que resonaban tus pasos y en la que te vi por primera vez; la ventana a través de la cual toda mi alma te había estado espiando; la estera de delante de tu puerta, sobre la cual, en una ocasión, me había arrodillado; el ruido de la llave que me había despertado; toda mi infancia, toda mi pasión animada en aquellos pocos metros: allí estaba toda mi vida y toda ella caía sobre mí como una tempestad en aquel instante, en que todo lo soñado se realizaba, porque iba contigo, ¡Contigo a tu casa, a nuestra casa! Considera- parece una simpleza, pero no puedo explicarme de otro modo- que para mí, la realidad, el mundo me habían parecido cosas torpes y banales durante toda la vida hasta llegar a tu puerta y que, traspasando aquel umbral, comenzaba el país encantado de los niños, el reino de Aladino; considera que miles de veces había mirado con ardientes miradas aquella puerta por la que entraba entonces vacilante. Tú puedes presentir- pero nada más que presentir, pues nunca lo sabrás del todo, querido- las horas de mi vida que palpitaron en aquel brevísimo instante. Pasé contigo toda la noche. No te diste cuenta de que ningún hombre antes que tú había contemplado y tocado mi cuerpo jamás. ¿Cómo hubieras podido sospecharlo, amor mío, si yo no te oponía ninguna resistencia, si reprimía

toda pudorosa indecisión, con el sólo propósito de que no adivinases el secreto de mi amor, que te hubiera asustado seguramente? Porque tú no concibes el amor sino como una cosa ligera y juguetona, sin ninguna importancia; temes mezclarte en el destino de una extraña; quieres gustar sin medida todas las alegrías del mundo, pero rehuyes el sacrificio. ¡Amado mío, si ahora te declaro que era pura y virgen cuando me entregué a ti, no tomes en mal sentido mis palabras! No te acuso de nada, puesto que no me sedujiste, no me mentiste; fui yo misma la que me ofrecí, la que me lancé a tu pecho, la que me arrojé a mi destino. No te acusaré nunca, no; por el contrario, te lo agradeceré siempre pues aquella noche fue para mí infinitamente hermosa y resplandeciente de alegría y me encontraba como sumergida en felicidad. Al abrir los ojos en la oscuridad y sentirte a mi lado me pareció extraño, no ver arriba estrellas, pues sentía tan cerca el cielo. No, mi adorado, nunca, nunca me he arrepentido de aquella hora. Todavía recuerdo que, mientras tú dormías y sentía yo tu aliento y me veía tan cerca de ti en la oscuridad, lloraba de alegría.

"Me fui por la mañana temprano. Tenía que ir a la tienda, y, además, quería salir antes de que entrara el sirviente. Una vez vestida ante ti, me abrazaste y te quedaste mirándome fijamente durante mucho tiempo; ¿era, quizás, que pasaba por tu memoria algún borroso recuerdo, o únicamente que yo te parecía bonita y feliz? Enseguida me besaste en la boca, yo me alejé y quise irme. Entonces me peguntaste: "¿No quieres llevarte algunas flores?" Dije que sí. Tomaste cuatro rosas blancas de la jarra de cristal azul, que estaba sobre tu escritorio-¡Ah, la conocía bien desde aquella única ojeada furtiva que, siendo niña, pude lanzar a tu cuarto! Y me las diste. Las estuve besando durante varios días.

"Antes de separarnos habíamos convenido en reunirnos otra tarde. Volví a tu casa y todo volvió a parecerme delicioso. Todavía me concediste una tercera noche, y después me dijiste que tenías que ausentarte-¡Oh, cómo odiaba tales viajes desde mi infancia!- y me prometiste avisarme a tu regreso. Te di una dirección en la lista de Correos, pues no quería decirte mi verdadero nombre. Guardaba mi secreto. De nuevo al despedirnos me diste algunas rosas.

"Día por día, durante dos meses, iba yo a preguntar...; Pero no, ¿Para qué pintarte aquel tormento infernal, aquella espera desesperada? No creas que te acuso: te quiero tal como eres, ardiente, olvidadizo, generoso e infiel; te quiero sólo así, como eras y como eres todavía. Habías regresado hace mucho tiempo, pues me lo decían tus ventanas iluminadas, y no me escribías. No tengo una sola palabra escrita por ti, ni una sola palabra en esta mi última hora, ni una palabra de ti, a quien he dedicado toda mi vida. No he hecho más que esperar, esperar y no conseguir nada. Pero ni me has llamado, ni me has escrito una sola palabra..., una sola palabra...

"Mi hijo ha muerto ayer...;era también tuyo. Era tu hijo también, querido mío; hijo de aquellas tres noches; te lo juro y nadie miente a la sombra de la muerte. Era hijo nuestro, pues ningún hombre me tocó desde aquella vez en que me entregué a ti, hasta el día en que salió de mi vientre. Consideraba mi cuerpo como sagrado por el contacto tuyo. ¿Cómo hubiera podido dividir mi persona entre tú, que lo eras todo para mí, y los demás que pasaban junto a mí, banalmente? Era hijo nuestro, adorado niño, fruto de mi amor consciente y de tu inconsciente y disipada ternura; hijo nuestro, nuestro único hijo. Tú te preguntarás- tal vez asustado, sólo asombrado- por qué te he ocultado la existencia de ese niño, mientras en efecto existía, y por qué sólo hoy te hablo de él, hoy, cuando está ya en la inmensidad, durmiendo, durmiendo para siempre; cuando se ha marchado para no volver más, ¡nunca más! Nunca me hubieras creído, nunca hubieras creído a la mujer extraña que se te había entregado sin reparo, sin resistencia alguna durante tres noches; nunca hubieras

creído a aquella anónima capaz de tanta fidelidad hacia ti, que eras tan infiel, y jamás le hubieses reconocido, sin desconfianza, como hijo tuyo.

"Ni aun en el caso de que mi afirmación te hubiese parecido sincera, jamás hubieras podido desechar la secreta sospecha de que se tratara de un intento de suplantar el hijo de un cualquiera por el de un hombre rico. Hubieses tenido la sospecha y una sombra, una ligera desconfianza hubiérase interpuesto entre tú y yo. En cuyo caso, yo te conozco, te conozco mejor que tú mismo- sé que hubiera significado un peso en tu amor-pues sólo quieres lo alegre y lo descuidado- el pensamiento de ser padre y de sentirte responsable de la suerte de otro ser. Tú, que no has conocido más que la libertad, te hubieses sentido ligado a mí. Y me hubieras-sí, contra tu voluntad- odiado por esa misma ligadura. Quizá durante algunas horas, quizá durante algunos minutos me maldecirías, y eso no podía aceptarlo mi orgullo; yo quería que tú pensases en mí durante toda la vida, sin una sola nube que ensombreciese el recuerdo. He preferido echarlo todo sobre mí, antes que convertirme en una carga para ti y ser la única, entre todas las mujeres que has conocido, en la que puedas pensar con amor y gratitud. Pero nunca has pensado en mí, me has olvidado.

"No te acuso, querido mío, no te acuso. Perdona si de vez en cuando una palabra hiriente hacia tu corazón se desliza en mi pluma, perdóname; mi hijo, nuestro hijo, está muerto bajo la luz vacilante de las cuatro velas; he amenazado con mis puños a Dios y le he llamado asesino, pues tengo mis sentidos locos y turbados. ¡Perdóname la queja! Sé que en el fondo eres bondadoso y compasivo y que ayudas a cuantos reclaman tu auxilio, incluso al más desconocido, pero tu bondad es muy curiosa; es una bondad que, en efecto, está abierta para todos y al alcance de lo que cada uno pueda tomar, pues ella es infinita, pero al mismo tiempo es indolente. Quiere que vayan hasta ella a tomarla. Tú ayudas cuando se te quiere, cuando se te pide; concedes tu auxilio por pudor, por debilidad, no por la alegría que da el hacerlo. Más amor sientes- te lo digo francamente- por el hombre feliz que por el atormentado.

"Y a los hombres como tú, incluso a los mejores entre ellos resulta difícil pedirles nada. Una vez siendo yo niña, vi a través del vidrio de mi puerta como le dabas limosna a un mendigo. Se la diste apresuradamente, mucho antes de que el mendigo te hubiera pedido nada. Se la diste con cierta preocupación temerosa, como si huyeras de ver sus ojos. No he podido olvidar aquella manera inquieta y a la vez tímida de dar limosna, huyendo de la gratitud. Por eso nunca me he dirigido a ti. Tengo la seguridad de que me hubieras ayudado en aquella época, aun no teniendo la seguridad de que se trataba de tu hijo; me hubieras consolado, me hubieras dado dinero... mucho dinero, pero siempre con el inquieto afán de apartar de ti lo desagradable. Sí, creo que hubieras llegado a persuadirme de que me separase de mi hijo, y yo lo hubiese hecho, porque, ¿qué podría negarte? Pero este hijo lo era todo para mí por ser tuyo; eras tú mismo, pero no tú el feliz, el despreocupado que podría escapárseme a cada momento, sino el dedicado- así lo creía- para siempre a mí, el ligado de por vida a mí. En él podía sentir crecer tu vida en mis venas, podía alimentarte, darte de beber, hacerte caricias, besarte cuando en mi alma ardiera tal deseo. Ya ves, querido; por todo eso me sentía tan dichosa al saber que iba a tener un hijo tuyo, y por ello lo callaba; así ya no te me podrías escapar.

"Si he de decirte la verdad, no todo fue felicidad durante algunos meses, como antes lo había imaginado. Pasé también tormentos, y me llené de asco ante la bajeza de los hombres. No era fácil la vida para mí. Durante el último período de mi embarazo tuve que dejar de ir a la tienda para no llamar la atención de mis parientes que podían avisar a mi familia. No quería pedir dinero a mi madre, y viví, hasta dar a luz, vendiendo algunas alhajas. Una

semana antes del parto la lavandera me robó del armario las últimas y pocas coronas que me quedaban, y me vi precisada a entrar en un hospital público. Allí, hasta donde se arrastran las más pobres, las reprobadas, las olvidadas, allí, en medio de la miseria, nació el niño, tu hijo. Aquello era para morirse; todo era extraño, extraño a todo; estábamos ahí, extrañas entre nosotras; todas solitarias y llenas de odio las unas contra las otras, sin que nos uniera más que la común miseria y el tormento, hacinadas en aquella sala de cloroformo y de sangre, de gritos y de quejidos. Todas las humillaciones y vergüenzas físicas y morales que tiene que sufrir la pobreza, las sufrí yo, mezclada con mujeres de la vida y enfermas en comunidad de suerte. Sufrí a aquellos médicos, jóvenes y desvergonzados, que levantaban sonriendo sarcásticamente las sábanas de las mujeres indefensas para tentarlas bajo pretexto de una falsa ciencia; sufrí la avaricia de las enfermeras. ¡Oh, allí el pudor humano es crucificado por las miradas, y amenazado por las palabras! Allí no éramos más que rótulos en que se leían nuestros nombres, pues lo que quedaba en la cama se reducía a un trozo de carne contraído de convulsiones, manoseado por los curiosos, objeto de exhibición y de estudio. ¡Ah, las mujeres que en sus propias casas dan hijos a sus maridos, que aguardan con impaciente ternura, no saben lo que significa dar a luz, sola, indefensa y como sobre una mesa de experimentos! Todavía hoy, cuando leo en algún libro la palabra "infierno", no puedo menos de pensar inmediatamente, y bien a mi pesar, en aquella sala llena de gemidos, de risas y de gritos sangrientos en que sufrí como en un matadero del pudor.

"Perdóname que hable de esto. Pero es sólo esta vez, nunca más. He callado durante once años, y dentro de poco estaré muda para toda una eternidad. Tenía que gritar una vez, gritar una vez lo caro que me ha costado ese hijo de mi dicha y que ahora está ahí sin aliento. Había olvidado hacía mucho tiempo aquellas horas de tortura, por la sonrisa, por la voz de mi hijo, por la felicidad; pero, ahora muerto él, revive el tormento y tengo que gritarlo siquiera esta única vez. Pero no te acuso a ti; no acuso más que a Dios, sólo a Dios, que ha permitido este suplicio sin sentido. No te acuso a ti, te lo juro; jamás, ni en momentos de ira, me he rebelado contra ti. Ni en aquella hora en que mi cuerpo se retorcía de dolores y ardía de vergüenza bajo la mirada de los estudiantes de la clínica, ni en aquel segundo en que el dolor desgarró mi alma, te acusé ante Dios; nunca me he arrepentido de nuestras noches de amor; siempre he bendecido la hora en que te cruzaste en mi camino; jamás he tenido un reproche para mi amor por ti, y te he amado siempre... y si por ser tuya nuevamente tuviese que volver a pasar por este infierno, iría a ti otra vez, aún sabiendo de antemano lo que me esperaba; ¡Iría a ti, mi adorado, otras mil veces más!.

"Mi hijo ha muerto ayer... tú no le has conocido. Nunca ni en el casual y fugaz encuentro nuestro se ha posado tu mirada sobre este pequeño ser en que tu ser florecía. Durante mucho tiempo, mientras tenía un hijo tuyo, me escondí de ti; mi anhelo era menos doloroso, y llegó a parecerme que te amaba con menos pasión; al menos no me hacía sufrir tanto desde el instante en que tuve a tu hijo. No quería dividirme entre tú y él, y por eso me consagré, no a ti, al hombre feliz y que vivía lejos de mí, sino a la criatura a la que debía alimentar; a la que debía besar y abrazar. Me parecía como si me encontrara a salvo de las pasadas inquietudes de mi destino, salvada por este segundo tú, que era, en realidad, el mío; raras veces mis sentimientos me empujaban humildemente junto a tu casa. Sólo hacía una cosa: siempre al llegar tu cumpleaños te enviaba un ramo de rosas blancas exactamente iguales a las que me diste después de nuestra primera noche de amor. En estos diez u once años transcurridos, ¿Te has preguntado alguna vez quién te las enviaba? ¿Has recordado alguna vez a aquélla a quien diste unas rosas iguales? No lo sé ni lo sabré jamás.

Enviártelas desde un oscuro anonimato, hacer revivir aquella hora una vez cada año, era para mí suficiente.

"No has llegado a conocer a nuestro pobre hijo; hoy me acuso de habértelo ocultado, pues lo hubieses querido. No le has llegado a conocer, y no le has podido ver sonreír, cuando abriendo sus párpados, dejando ver sus ojos negros e inteligentes- tus ojos-, lanzaba una luz alegre sobre mí y sobre el mundo entero. ¡Ah, era tan alegre, tan encantador! Toda la gracia ligera de tu carácter renovábase en él de manera infantil y en él se hallaba también toda tu vida y tu ágil fantasía; durante horas enteras podía estar jugando, como un enamorado, con un objeto cualquiera, como tú has jugado siempre con la vida, y luego se le podía haber sentado ante sus libros en una actitud seria, con las cejas fruncidas; cada día se parecía más a ti; incluso comenzaba a desarrollarse en él esa dualidad de carácter propicia a la labor seria y al juego, que tú tienes, y cuando más se te parecía, más lo quería. Aprendía con rapidez y charlaba en francés como una cotorrita; sus cuadernos eran los más limpios de la clase, ¡Estaba tan encantador y tan elegante con su traje de terciopelo negro, o con el otro, blanco, de marinero! Por todas partes donde íbamos resultaba siempre el más distinguido. En Grado, cuando paseábamos por la playa, todas las señoras se paraban y acariciaban sus largos cabellos rubios, y en el Sennering, cuando iba en trineo, todo el mundo se paraba para admirarle. ¡Era tan bonito, tan suave, tan cortés! Cuando el año último entró como interno en el Theresianum, llevaba su uniforme y su espada como un soladito del siglo XVIII; ahora el pobre no tiene más que su camisa, y está allí con los labios pálidos y las manos cruzadas.

"Pero tal vez te preguntes cómo he podido criar a mi hijo con tanto lujo, cómo he podido darle esa vida alegre de los niños ricos. Querido mío, te hablo desde la oscuridad y no me avergüenzo de decírtelo; pero no te asustes: querido mío, me he vendido. No he llegado a ser eso que se llama una chica del arroyo, una mundana, pero me he vendido. Tenía amigos ricos y galantes. Primeramente los busqué yo, y después me buscaron ellos, porque yo era- ¿no lo habías notado?- una mujer muy bonita. Cada uno de aquellos a quienes me entregaba me tomaba cariño; todos se enamoraban, todos se mostraban adictos y me querían todos, excepto tú, amor mío.

"¿Me desprecias desde que te he dicho que me he vendido? No; sé que no me desprecias, sé que eres comprensivo, y entenderás también que lo he hecho solamente por ti, por tu otro yo, por tu hijo. Desde que estuve en el hospital probé el tormento que significa la miseria, me di cuenta que en este mundo, el pobre siempre será el maltratado, el humillado, la eterna víctima, y no quise, me costara lo que me costara, que tu hijo, radiante de belleza, creciese en los bajos fondos de los patios humildes: sus tiernos labios no debían emplear el lenguaje del arroyo, ni su cuerpo tan blanco, ponerse esa triste ropa enmohecida de los pobres. Tu hijo debía tenerlo todo: riqueza, facilidades, para elevarse hasta ti, hasta tu esfera de vida.

"Por eso, y sólo por eso, querido mío, me vendí. No era ello ningún sacrificio para mí, pues lo que se llama honor y vergüenza me parecían cosas sin importancia. No me quería tú, tú a quien debía pertenecer mi cuerpo, y, por lo tanto, me era indiferente lo que se hiciera de él. Las caricias de los hombres y hasta sus más profundas pasiones no alcanzaban a rozar mi corazón aunque llegase a estimar a algunos y su amor no correspondido me conmoviese pensando en mi propio caso. Todos eran buenos para mí. Todos me mimaban y todos me respetaban, especialmente un viudo, un marqués que se pasó las horas a las puertas del Theresianum para conseguir la admisión de mi hijo sin padre, de tu hijo; como a una hija me quería, por su parte. Tres o cuatro veces me ofreció su mano; hoy podría yo ser marquesa, dueña de un castillo encantador en el Tirol; podría vivir sin inquietudes; mi hijo

hubiera tenido un padre cariñoso, capaz de adorarle, y yo un marido bondadoso y distinguido; pero no acepté sus proposiciones, no obstante habérmelas reiterado muchas veces y a pesar de que negarle lo que me pedía me dolía a mí misma. Quizás fue una locura, pues de otro modo hubiera vivido tranquilamente y mi hijo junto a mí; pero -¿por qué no confesarlo?- no quería ligarme a nadie: quería conservarme libre para ti, en todo momento. Vivía aún dentro de mí, el sueño de mi infancia; acaso alguna vez me llamases, aunque sólo fuese por una hora. Y por esa posible hora rehusé todo, con objeto de encontrarme n la libertad de acudir a tu primera llamada. ¡Toda mi vida no ha sido otra cosa que una especie de tu voluntad!

"Y esa hora soñada llegó en realidad. ¡Pero tú no lo sabes ni puedes sospecharlo, querido mío! Tampoco entonces me conociste; nunca, nunca me has conocido. Ya antes te había encontrado a menudo en teatros, en conciertos, en el Prater, en la calle, cada vez que te veía me palpitaba fuertemente el corazón; pero tú pasabas sin advertirme. Es cierto que en lo exterior resultaba muy otra; la niña tímida de los primeros tiempos, habíase convertido en una mujer bonita, como decían mis amigos, cubierta de magníficas *toilettes* y rodeada de admiradores. ¿Cómo podrías reconocer en mí a aquella tímida muchacha que habías contemplado a la luz crepuscular de tu pieza? A veces, alguno de mis acompañantes te saludaba, y tú, al contestarle, me mirabas; pero tu mirada era la de un extraño: una mirada cortés y admirativa, pero sin reconocerme jamás. En cierta ocasión, me acuerdo muy bien, ese olvido de mi persona fue para mí un ardiente suplicio. Estaba yo en un palco de la Opera con algunos amigos, y tú te encontrabas en el palco vecino. Se apagaron las luces y ya no pude ver más tu cara, pero sentía tu aliento como en aquella otra noche, y sobre el terciopelo de la barandilla descansaba tu mano; tu mano fina y elegante. Se apoderó de mí el vivo deseo de inclinarme sobre ella y besarla humildemente. La misma música no hacía sino excitarme, mi anhelo era cada vez más intenso, y tuve que hacer terribles esfuerzos para contenerme: tan poderosamente atraía a mis labios aquella mano adorada. Terminando el primer acto le pedí a mi amigo que saliéramos. No podía soportar más tenerte junto a mí en la oscuridad, tan cerca y tan lejano.

"Pero llegó la hora, llegó una vez, la última vez en mi pobre vida. Hace un año, justamente en el día de tu cumpleaños. Es curioso: había estado pensando en ti todo el día, pues festejaba el aniversario de tu nacimiento como una gran fiesta. Por la mañana temprano había salido a comprar las rosas blancas que todos los años te enviaba en memoria de aquella hora olvidada por ti. Por la tarde salí con mi hijo, fui al teatro, pues quería que no dejase él de festejar el día, aunque no conociera su motivo. El día siguiente lo pasé con un joven y rico fabricante de Bruenn, con quien vivía desde hacía dos años, hombre que me adoraba y deseaba casarse conmigo, como los otros, y cuyas proposiciones rechazaba yo, en apariencia sin razón, como las de los otros; nos colmaba de mimos a mí y a mi hijo, sin regatear nada, y era digno de ser amado por su bondad, un poco torpe y servil. Fuimos a un concierto donde encontramos gente muy alegre, cenamos en un restaurante de la Ringstrasse, y en medio de las risas y de la charla general le propuse ir a un *dancing*, el Tabarín.

"Esos salones de baile con su alegría artificial y alcohólica no me gustaban nada, y siempre que se me proponía acudir a uno de ellos me negaba; pero esta vez –era como un poder mágico el que me impulsaba a proponerlo yo- sentía un inexplicable deseo, como si algo extraordinario me aguardase allí. Acostumbrados a complacerme, todos los amigos se levantaron enseguida; fuimos al *dancing*, donde comenzamos a beber champaña y de repente se apoderó de mí una furiosa, casi dolorosa alegría, como no había sentido nunca.

Bebía y bebía, acompañando las canciones frívolas de los demás, y sentía un ardiente deseo de bailar o de dar gritos de júbilo. Pero de pronto- fue como si algo frío o caliente se posase sobre mi corazón- tuve un sobresalto, como si recibiese un golpe: en la mesa vecina estabas tú sentado con algunos amigos y me dirigías una mirada admirativa y deseosa, esa mirada que siempre me ha estremecido hasta el fondo de mi alma. Por primera vez, desde hacía diez años me mirabas de nuevo con esa fuerza inconsciente, apasionada de tu ser. Temblé; casi se me cayo el vaso de la mano. Por fortuna, mis compañeros no notaron mi turbación, que se perdió entre la risa general y la música. Tu mirada se hizo más ardiente y me sumergió en fuego. Yo no sabía si al fin me habías reconocido o si me deseabas simplemente como a una mujer desconocida para ti, como a cualquier otra, como a una completamente extraña. Se me agolpó la sangre en la cabeza y empecé a contestar distraídamente a mis amigos. Indudablemente tú te habías dado cuenta de la turbación que me producía tu mirada. Sin que los otros lo notasen, me hiciste una seña para que te siguiera hacia el vestíbulo. Enseguida pagaste muy gentilmente y te despediste de tus camaradas, no sin indicarme nuevamente que me esperabas fuera. Yo temblaba como si tuviese fiebre, y ya no podía contestar a las derechas ni dominar la excitación de mi sangre. Quiso la fortuna que una pareja de negros comenzara a bailar taconeando ruidosamente y lanzando gritos agudos. Todos se volvieron a mirarles, y yo aproveché aquel instante. Me levanté, dije a mi amigo que volvería al poco rato y te seguí.

"Estabas esperándome, en la antesala. Cuando llegué se aclaró tu mirada y viniste a mi encuentro con una sonrisa. Noté enseguida que no me reconocías, que no reconocías ni a la niña, ni a la mujer; me deseabas otra vez como a alguien nuevo para ti, como una desconocida.

"-¿También para mí puede usted disponer de una hora?- me preguntaste con familiaridad. Pro el tono seguro en que me hablabas, comprendí que me tomabas por una de tantas mujeres vulgares.

"-Sí- respondí.

"Era el mismo 'sí' de temblorosa complacencia con que te había respondido en la calle, hacía diez años, a la luz del crepúsculo, la muchacha que había sido yo.

"-¿Y cuándo podríamos vernos?- me preguntaste.

"Cuando te parezca- contesté sin ninguna clase de rubor ante ti.

"Me miraste un poco extrañado, con el mismo desconfiado asombro y la misma curiosidad que en la ocasión pasada, cuando te sorprendió mi precipitación de aceptar tu pedido.

"-¿Podría ser ahora?- me preguntaste con un tono de duda.

"-¡Sí- contesté-, vamos!

"Quise ir al guardarropa para buscar mi abrigo. Me acordé que mi amigo se había quedado con el número correspondiente a los abrigos de todo el grupo. No me era posible pedírselo sin darle explicaciones de talladas, y por otra parte, no quería desaprovechar aquella hora que desde hacía años esperaba con tanto ardor. No dudé ni un segundo: me puse el echarpe y salí aquella noche húmeda y brumosa, sin preocuparme del abrigo, sin preocuparme de aquel hombre bueno y cariñoso con quien vivía desde hacía años y a quien iba a poner en ridículo delante de sus amigos, abandonándole a la primera llamada de un desconocido. ¡Oh! Razonaba perfectamente de la bajeza, de la ingratitud, de la infamia que cometía con aquel amigo sincero; sentía que mi atracción era cobarde y que con mi locura desgarraba mi vida; pero, ¿Qué significaba para mí la amistad, qué significaba la existencia al lado de la impaciencia de sentir nuevamente tus labios y de oír de nuevo la suavidad de

tu palabra? Así te he amado; ahora puedo decírtelo, ahora que todo ha pasado ya y que todo se acaba. Y creo que si recibiera una llamada tuya en mi lecho de muerte, aún tendría fuerzas para levantarme y para correr a tu lado.

"Había un coche a la puerta y en él fuimos a tu casa. Oí otra vez tu voz, sentí otra vez la ternura de tu proximidad y tuve el mismo aturdimiento e infantil confusión que en la ocasión pasada. Por primera vez, desde hacía diez años, volví a subir aquella escalera... No, no puedo expresarte cómo sentí todo dos veces en aquellos instantes; los tiempos pasados y los presentes, y sobre todo a ti, y siempre a ti. Poco había cambiado en tu habitación: algunos nuevos cuadros, más libros, algunos muebles nuevos; pero todo me saludó familiarmente. En el escritorio estaba la jarra de las rosas, con mis rosas, las que yo te había enviado la víspera, día de tu cumpleaños, como recuerdo de una a quien tú no recordabas, a quien no conocías ni siquiera en aquel momento en que tan cerca nos hallábamos, las manos en las manos, los labios sobre los labios. Pero me alegré de que cuidases mis flores: así, por lo menos, había cerca de ti un aliento de mi ser, un hálito de mi amor.

"Me tomaste en tus brazos. De nuevo pasé contigo toda una noche encantadora; pero tampoco en la desnudez de mi cuerpo me conociste. Me abandoné dichosa a tus caricias y pude comprobar que tu amorosa fogosidad no establecía ninguna diferencia entre una verdadera amada y una mujer cualquiera; comprobé que te brindabas con pródiga abundancia de tu ser. ¡Fuiste tan cariñoso, tan tierno para mí, a quien habías encontrado en un lugar de recreo nocturno; tan distinguido y al mismo tiempo tan sencillo! Otra vez, ciega de felicidad, sentí la dualidad de tu persona, tu pasión intelectual y sexual que desde niña me había intrigado. Jamás he conocido en ningún hombre tanta ternura una tan grande explosión de su intimidad, apagada, sin embargo, después de un olvido infinito y casi inhumano. Pero también yo me olvidé. ¿Quién era yo en la oscuridad a tu lado? ¿Era la niña ardiente de otra época, era la madre de tu hijo, o era una extraña? ¡Ah, todo me resultaba tan familiar, tan ya vivido y al mismo tiempo tan nuevo en aquella apasionada noche! Recé porque nunca terminase.

"Pero llegó la mañana; nos levantamos tarde y me convidaste a desayunar contigo. Tomamos en té que una mano invisible había servido en la antesala y conversamos. Y de nuevo hablaste con aquella franqueza tuya, evitando siempre toda indiscreción, sin curiosidad por conocer nada de mi vida. No preguntaste cuál era mi nombre ni dónde vivía: de nuevo era yo para ti una aventurera, un ser anónimo, una hora apasionada que se pierde en el humos del olvido sin dejar el menor rastro tras de sí. Me dijiste que te proponías ir al norte de África para pasar allí algunos meses; me eché a temblar en medio de mi felicidad, pues de nuevo volví a sentir en mis oídos: todo pasado, y olvidada. Me dieron ganas de arrojarme a tus pies gritando: '¡Llévame contigo, para que al fin me conozcas, después de tantos años!' Pero fui tan tímida, tan cobarde, tan esclava, tan débil delante de ti, que me limité a decir:

"-¡Qué lástima!

"Me miraste sonriendo y dijiste:

"-¿De verdad te da pena?

"Entonces se apoderó de mí una especie de furia amorosa. Me levanté y me quedé mirándote fija y prolongadamente. Enseguida te dije:

"-También el hombre que yo adoro anda siempre de viaje.

"Miré fijamente tus pupilas. Todo mi ser temblaba. "Ahora- me decía-, ahora me reconocerá". Pero volviste a sonreír y me dijiste en tono de consuelo:

"Se vuelve siempre.

"-Sí, contesté-, se vuelve; pero cuando ya se ha olvidado.

"Seguramente hubo algo extraño, algo apasionado en el tono con que lo dije, pues al oírme te levantaste y te pusiste a contemplarme asombrado y enternecido. Me pusiste las manos sobre los hombros y contestaste:

-Lo que es bueno no se olvida nunca; yo nunca me olvidaré de ti

"al decirlo sumergía tu mirada en mis ojos, como si quisieras fijar dentro de ti para siempre mi imagen. Y al sentir cómo me penetraba aquella mirada que buscaba dentro de mí, que absorbía todo mi ser, creí que se había desgarrado el velo que te impedía ver. "¡Ahora me reconocerá, me reconocerá!"; toda mi alma temblaba en ese pensamiento.

"Pero no me conociste. No, no me reconociste; nunca te había sido más extraña que en aquel momento, pues de otro modo..., de otro modo no hubieses hecho lo que hiciste minutos después. Me habías besado, besado apasionadamente. Tuve que arreglarme el peinado, y mientras estaba delante del espejo vi- al verlo creí que me iba a desplomar de vergüenza y horror-, vi cómo de una manera discreta metías algunos billetes en mi manguito. No sé cómo pude reprimir un grito y contener el deseo de pegarte en aquel instante; ¡A mí, que te amaba desde la infancia; a mí, a la madre de tu hijo; a mí me querías pagar aquella noche! Yo no era a tus ojos más que una mujer del Tabarín, ¡Me habías pagado! ¡No era bastante ser olvidada de ti y encima me humillabas! Tomé mi sombrero, que estaba sobre el escritorio, al lado de la jarra en que se hallaban las rosas blancas, mis rosas. Y entonces sentí el deseo irresistible de probar nuevamente a despertar tus recuerdos.

"-¿No te molestaría darme una de esas rosas blancas?

"-Con mucho gusto- dijiste tomando algunas.

"-Pero quizá sean regalo de una mujer que te quiere- dije.

"-Tal vez- me contestaste-; no lo sé. Me las han enviado y no sé quién; por eso las quiero tanto.

"Me quedé mirándote.

"-¿No será de alguna que tú has olvidado?

"Me miraste sorprendido. Y yo te miré silenciosamente. '¡Que me reconozca, que me reconozca!', gritaba mi mirada. Pero en tus ojos no había sino una especie de amable e inconsciente sonrisa. Me besaste otra vez. No me reconociste.

"Gané precipitadamente la puerta, pues sentía que las lágrimas se me agolpaban en los ojos y no quería que las vieras tú. En la antesala tropecé con tu sirviente, debido a mi apuro. Se apartó él rápidamente, abrió la puerta dejándome el paso libre, y entonces, en aquel único segundo, ¿entiendes?, en aquel único segundo, al mirar con mis ojos arrasados de lágrimas a aquel viejo, él me reconoció, ese hombre que no me había visto nunca desde mi infancia. Me dieron ganas de arrojarme a sus pies y besarle las manos. Saqué del manguito los billetes que tú me habías metido y se los di. Se asustó y tembló; sólo en aquel instante, quizá, el viejo me comprendió mejor que tú en una vida entera. Todos, todos los hombres me han querido; todos han sido buenos para mí, menos tú, tú, que me has olvidado; sólo tú, ¡que nunca me has conocido!

"Mi hijo, nuestro hijo, ha muerto; ahora no puedo querer a nadie en el mundo más que a ti. ¿Pero quién eres tú para mí, tú que nunca me has conocido, que has pasado cerca de mí como se pasa a la orilla de un arroyo, o sobre una piedra a la cual se pisa; que siempre te vas lejos y me abandonas en una espera eterna? Una vez pensé poder retenerte a ti, el siempre fugitivo, en tu hijo; pero era muy hijo tuyo: durante la noche me ha abandonado cruelmente para emprender un viaje; me ha olvidado y jamás volverá. Otra vez estoy sola, más sola que nunca, ya no tengo nada, nada de ti, sé que si alguien pronunciase mi nombre

en tu presencia no te llamaría la atención. ¿Por qué no debo morir alegremente si estoy muerta ya? ¿Por qué no he de abandonarlo todo si tú me has dejado? No, querido, no me quejo, no quiero lanzar mi tormento sobre la alegría de tu casa. No temas que te moleste más; perdóname, pero siquiera una vez, en esta hora en que mi hijo está muerto y abandonado, tenía que gritar mi dolor. Era preciso que esta vez hablase contigo; pero en lo sucesivo vuelvo a ser muda, vuelvo a la oscuridad, como siempre, para ti. Pero este grito no llegarás a oírlo mientras esté viva todavía; sólo después de mi muerte recibirás este legado mío, el de una mujer que te ha amado más que a nadie y a la que nunca has conocido, el de una que siempre te ha esperado y a la que no has amado nunca. Tal vez me llames al oír mi grito, y yo te seré infiel por primera vez; no te oiré desde mi tumba; no te dejo ningún retrato, ningún recuerdo, como tampoco tú me lo has dejado; nunca me reconocerás, nunca. Ha sido mi destino en la vida y lo será en la muerte. No te quiero llamar en mi última hora; me marcho sin que sepas mi nombre no conozcas mi rostro. Me muero en paz, pues tú te hallas lejos y mi muerte no te hace sufrir. Si te doliese, no podría morir.

"No puedo continuar ya escribiendo...; tengo la cabeza tan pesada...; me duele el cuerpo, y tengo fiebre...; creo que tendré que acostarme enseguida. Quizá todo ocurra muy pronto, quizá la muerte se muestre benigna y no me permita ver cómo se llevan al niño... ya no puedo escribir más. Adiós, querido, te estoy agradecida... A pesar de todo, todo ha ocurrido bien... Te estoy agradecida hasta mi último aliento. Me siento mejor: te lo he dicho ya todo, lo sabes todo ya- ya no solo es un pensamiento en ti-, sabes cómo te he amado y este amor no te deja ningún sufrimiento. No notarás mi falta; eso me consuela; nada cambiará en tu vida brillante y gozosa...; no te molesto con mi muerte..., eso me consuela, querido mío. ¿Pero quién?... ¿Quién te mandará las rosas blancas en tu cumpleaños? ¡Ah, la jarra estará vacía, el tenue aliento de mi vida que allí estaba durante años, se habrá apagado. Óyeme, querido, te lo suplico... es mi primer y último ruego...; hazme el favor de colocar rosas blancas en la jarra el día de tu cumpleaños. Hazlo, querido, como otros mandan a decir una misa por sus difuntos. Yo ya no creo en Dios y no quiero una misa; creo únicamente en ti, sólo te amo a ti, y sólo quiero continuar viviendo en ti... ¡Ah, sólo un día cada año y muy silenciosamente, como he vivido a tu lado!... Te ruego que lo hagas, querido...; es mi premier y último ruego..., te lo agradezco..., te quiero..., te adoro..., ¡adiós!"

Terminó la carta con manos temblorosas. Después reflexionó largamente. En su conciencia se clavó el recuerdo confuso de una niña de la vecindad, de una muchacha, de una mujer en un establecimiento nocturno; pero el recuerdo era indeciso y vago como una piedra que brilla y tiembla en el fondo del agua sin que pueda concretarse su forma. Sombras que van y vienen, pero que no dibujan ninguna imagen. Sentía reflejos de antiguos sentimientos, pero no recordaba. Era como si hubiese soñado algunas figuras, soñado muchas veces y profundamente; pero sólo en realidad. Su mirada cayó sobre la jarra azul puesta sobre el escritorio. Estaba vacía, vacía por primera vez en su cumpleaños. Se asustó. Fue como si alguien invisible hubiese abierto de repente la puerta y una fría corriente de otro mundo atravesara la habitación. Sintió cerca una muerte y un amor inmortal: algo se extendió por su alma, y se quedó pensando en la amante invisible, inmaterial y apasionada, como en una música lejana.

Fin.

BIBLIOGRAFÍA: EDITORIAL ANDRÉS BELLO, SANTIAGO DE CHILE, TERCERA EDICIÓN, 1997. NOVELA.